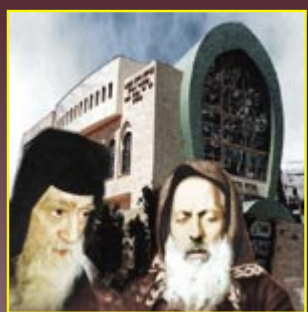


NO PUEDE HABER EMUNÁ SIN AMOR AL PRÓJIMO

(POR RABBI DAVID HANANIA PINTO SHLITA)



PERASHA DE LA SEMANA

NOAJ

35

13.10.2007

1 de Heshvan 5767

Publicación

HEVRAT PINTO

Bajo la supervisión de

RABBI DAVID HANANIA

PINTO CHLITA

11, rue du plateau

75019 PARIS

Tel: 00 331 4803 5389

Fax 00 331 4206 0033

www.hevratpinto.org

e-mail : hevratpinto@aol.com

CUIDA TU LENGUA

Si una persona contara a otra algo malo sobre una tercera persona, y quien lo escucha le cuenta lo sucedido a aquella tercera persona (transgrediendo así la prohibición de rejilut (chismerío), ésta última persona no puede ir a la primera y decirle “¿por qué has hablado así sobre mí?”. Si así lo hiciera, también él sería acusado de hablar chismeríos sobre quien se lo contó a él. Incluso si no dijera quién le contó lo sucedido, dado que seguramente se daría cuenta quién lo hizo, también está prohibido.

Esto es algo muy frecuente, y la mayoría no se percató de ello.

(Hafetz Haím)

La Mishná (Abot 5,2) nos cuenta que transcurrieron diez generaciones desde Adam hasta Nóaj, y diez desde Nóaj hasta Abraham, mostrándonos cuán grande es la paciencia de D’s, pues todas estas generaciones Lo hacían enojar, hasta que llegó Abraham y recibió el pago de todos.

Estas palabras requieren una explicación, dado que Nóaj, a pesar de ser un justo, no se quedó con el pago de todos, lo cual sí ocurrió con Abraham. Es posible explicar, basándonos en las palabras del Sefero (Bereshit 6, 8), que Nóaj, si bien es cierto era un Tzadik, no enseñó a la gente de su generación a conducirse por los caminos de Ha’shem. Él no reprochó a sus contemporáneos, e incluso cuando D’s le indicó subir a la Tebá (arca) junto a su familia por ser “recto en esa generación”, no rezó por ellos, sino que sólo se ocupó en subir junto a los suyos a la Tebá.

Por otro lado, cuando D’s informó a Abraham que por sus malas acciones destruiría a Sedom y Amorá, aún antes de ir a rescatar a su sobrino Lot, comenzó a rezar por estas ciudades, pidiendo al Creador hacer justicia, pues tal vez allí habitaran algunos Tzadikim, cuyo mérito sería suficiente para salvarlos a todos.

EL HOMBRE A IMAGEN DE D’S

Todo aquel que tenga Emuná completa en Ha’shem, ésta debe conducirlo a amar a todas las criaturas, amando a su compañero y construyendo la paz entre los hombres. Obviamente, sin envidiar las posesiones de los demás o tomar de ellas sin permiso. Pues si tiene Emuná y convicción en D’s, sabe que todo lo que recibe es por Su decisión, por lo que nunca tomaría o robaría algo ajeno, ya que si no ha recibido algo es porque no le corresponde.

En oposición, quien no ama a los demás, demuestra que no tiene Emuná en D’s. No existe que alguien confíe en Ha’shem y no ame a todos los hombres, creados a imagen Divina, como está escrito (Bereshit 1, 26) “Haré al hombre a Mi imagen y semejanza”. Aquel que ama al Rey, amará sus decisiones y acciones; pero quien no ame a éstas, es señal de que no aprecia a su Rey.

Con respecto a lo escrito en la Torá (Debarim 21, 23) “porque la maldición de D’s pende allí”, sobre los condenados a muerte, cuyos cuerpos permanecerían a la vista de la gente antes del anochecer y entonces serían retirados para su entierro, los Sabios explican que el motivo de ello es porque cada hombre está hecho a Su imagen, por lo que mantenerlo en exhibición sería un desprecio a D’s. Esto es comparado a dos hermanos gemelos idénticos; uno se convirtió en rey, pero el otro fue atrapado cometiendo crímenes por lo que fue colgado. Todo el que lo viera allí exclamaría “el

Rey ha sido colgado!”. Dice el Talmud (Sanhedrín 46a) “cuando alguien sufre, D’s se lamenta diciendo ‘He sido avergonzado...’”. Entonces, si Ha’shem se lamenta y sufre de esta forma ante el dolor de alguien, aún de un malvado, cuánto más por la desdicha de un Tzadik. Por lo tanto, aquel que desea apearse a D’s y demostrarLe su amor, deberá imitarlo en esta cualidad.

Sobre el versículo (Debarim 13, 5) “Detrás de D’s vuestro Señor andarán”, explica la Guemará (Sotá 14a) “¿Acaso puede el hombre ir detrás de Ha’shem, siendo que ‘Él es un fuego que consume’ (Debarim 4, 24)? La intención aquí es que debe conducirse de acuerdo a Sus cualidades: así como Él viste a los que no tienen ropas (como hizo con Adam y Javá), tú haz igual; Él visita enfermos (como hizo con Abraham), tú también hazlo; Él consuela a los deudos (como hizo con Itzjak), tú haz como Él; Él se ocupa de enterrar a los muertos (Moshé Rabbenu), tú también ocúpate de ello”. “Él es piadoso, tú también sé piadoso” (Shabat 133b).

Vemos entonces que al no haber orado Nóaj por los hombres de su generación, demostró así que no los amaba; pues si los hubiese amado, se hubiese preocupado para que no mueran durante el diluvio. Y al no amarlos lo suficiente, vemos también que su Emuná en D’s no era íntegra.

Encontramos además en el Midrash (Bereshit Rabá 32, 6) que “Nóaj era falto de Emuná: no entró a la Tebá hasta que las aguas cubrieron sus talones (pues hasta ese momento dudaba sobre la concreción del diluvio)”. Esto requiere explicación: Nóaj, sobre quien la Torá misma asegura que era “un hombre recto e íntegro” era incompleto en su Emuná? Lo que ocurre es que si bien era justo en sus actos, no tenía Emuná completa. Era recto a la hora de actuar, pero carecía de Emuná suficiente.

Contrariamente, la Emuná de Abraham era fuerte y completa, según atestigua D’s (Bereshit 15, 6) “y creyó en D’s”. ¿Cuál era la diferencia entre ambos, entonces, si sobre ambos se asegura que fueron Tzadikim?. Abraham rezó por los hombres de su generación y les reprochaba para regresarlos al buen camino, lo cual Nóaj no hizo. Por esto, recibió Abraham el pago de los méritos de todos, incluso el de la gente de la época del diluvio. Porque si hubiese estado en ese momento, hubiera orado por ellos y hubiera hecho que retornaran al camino correcto, pudiendo haber evitado que Ha’shem los destruyera en el diluvio.

Por ello algunos de los Sabios (Bereshit Rabá 30, 9-10) comentan: “Nóaj era justo e íntegro en su generación – en su generación era considerado justo, pero no frente a otras generaciones”. No sería considerado un Tzadik si hubiese estado en la época de Abraham, quien sí habría rezado en favor de la gente de aquel entonces, pudiéndolos haber salvado de la muerte.

MUSAR SOBRE LA PERASHA

Las aguas del diluvio purificaron la tierra

“Y cayeron las aguas sobre la tierra cuarenta días y cuarenta noches”

¿Por qué D's hizo caer lluvias durante “cuarenta días y cuarenta noches”, no más y no menos?. Es posible explicar que la generación del diluvio había contaminado la tierra al extremo, por lo que D's debió indefectiblemente destruirla, sobreviviendo únicamente Nóaj. Por cuanto que estaba impurificada, D's debía purificarla. Para ello hizo llover por cuarenta días y cuarenta noches, correspondientes a las cuarenta seá (una unidad de volumen) que contiene una Mikvé (baño ritual de agua), destinada a purificar lo que en ella se sumerge.

Como el arco iris

Luego de salir de la Tebá, Ha'shem aseguró a Nóaj que nunca enviaría nuevamente un diluvio sobre la tierra destruyendo a todo ser. Incluso le dio una señal de este pacto (el arco iris). “Mi arco iris te He dado, como señal entre nosotros, y se verá el arco iris entre las nubes. Y recordaré nuestro pacto, y no vendrán nuevamente las aguas para destruir a todo ser” (Bereshit 9, 13).

En la Guemará (Berajot 59a) opina Rabbí Iehoshúa ben Leví que quien ve el arco iris, debe inclinarse, según explica Rashí “por ser esta la imagen de D's”, como está dicho en Yiejezkel “como la imagen del arco iris... y al verlo me incliné”. No obstante, explica la Guemará que no es correcto obrar así, pues parecería que se está inclinando ante el arco iris en sí mismo. Pero sí debe decirse una Berajá especial: “Bendito quien recuerda el pacto”. Rabbí Ishmael, hijo de Rabbí Iojanán ben Beroka, opina que debe bendecirse “Bendito el que es fiel a su pacto y mantiene su palabra”. Rab Papá concluye diciendo que respetamos ambas opiniones, bendiciendo “Bendito quien recuerda el pacto, y es fiel a su pacto y mantiene su palabra”. El Maharshá explica el texto de la bendición: D's es fiel al pacto que realizó con Nóaj de no traer nuevamente un diluvio al mundo. Siendo que nada nuevo ha sido creado a partir de la Creación, por lo que el arco iris tampoco fue creado a la hora del pacto, sino al crear Ha'shem al mundo, y es una de las diez cosas creadas en la víspera del primer Shabat. Por ello concluye la Berajá con “y mantiene su palabra”, pues con Su palabra el arco iris ya fue creado en su esencia en el comienzo; lo que ocurre es que recién ahora lo muestra al mundo.

Marán Rabbí Iosef Karo, en el Shuljan Aruj (Oraj Jaím 229, 1) escribe que “quien ve el arco iris dice: ‘Bendito seas Tú, D's nuestro Rey del universo, quien recuerda el pacto, es fiel a su pacto y mantiene su palabra’”. Comenta el Kenéset HaGuedolá que este

texto es el correcto, y es un error invertir el orden de las palabras, como muchos hacen. El Ben Ish Jai (año I Ékeb) escribe en nombre del Maharí que existen dos tipos de arco iris distintos, los cuales no sabemos distinguir. Por lo tanto, deberá decirse la bendición sin pronunciar el Nombre de D's, pues no sabemos si el arco iris que vemos es aquel por el que corresponde recitar la bendición. No obstante, la opinión del Ben Ish Jai es que no debe evitarse decir la Berajá completa, pues así es la costumbre, y ningún Sabio anterior ha indicado hacerlo de otra forma. Aún así, quien prefiera no pronunciar el Nombre de D's, puede decirlo mentalmente.

El Jaié Adam escribe que encontró en cierto libro que quien ve el arco iris, no tiene que comentarlo a su compañero. El Jidá, en su Majazik Berajá, escribe que quien vuelve a ver el arco iris dentro de los treinta días desde la última vez que lo vio, debe repetir la Berajá. Y así opina el Mishná Berurá, citando sus palabras.

La Mishná en Jaguigá escribe que “quien no se preocupa por el honor de su Creador, sería mejor para él no haber venido al mundo”. La Guemará allí (16a) pregunta a qué se refiere lo anteriormente expuesto. “Rabbí Abbá dice: se refiere a quien ve el arco iris, como está dicho ‘como la imagen del arco iris en días de lluvia, así es la imagen de Su Resplandor, la imagen del Honor de Ha'shem’. Y todo el que ve estas tres cosas, sus ojos se debilitan: al arco iris, al Nasí (presidente del Sanedrín), y a los Cohaním al recitar su bendición al pueblo”. Sobre esto comenta el libro Iyún Yaakob, que lo que no debe hacerse es mirar con concentración, pero por un instante está permitido, e incluso es una Mitzvá ver al Nasí, pues está dicho “y verás a tus Maestros”, o al arco iris, para poder decir la Berajá.

El Séfer Zejirá escribe que es peligroso ver el arco iris demasiado tiempo. Dice que el arco iris que se ve a través de la lluvia demuestra piedad, pero el que se ve sin lluvia denota severidad en el juicio. Si se ve por la mañana, alude al pueblo de Israel, pero si se lo ve al anochecer alude a las demás naciones.

Estas son las generaciones de Nóaj; Nóaj era un hombre justo, íntegro en su generación (6, 9)

Rabbenu Iosef Jaím, el Ben Ish Jai, relaciona este versículo con el que afirma que “como es el agua al rostro, así es el corazón de un hombre al otro” (Mishé 27). Es decir, tal como el agua reproduce con exactitud la imagen reflejada en ella, con todos los detalles, también el accionar de un hombre con su entorno es reflejado en cómo los demás actúan con él. “Estas son las Toledot - generaciones de Nóaj” – nos enseña aquí la Torá, que quien es Nóaj – agradable con los demás,

en su trato y sus buenos actos, las Toledot – derivaciones de dichas acciones serán agradables con él, en su relación con el prójimo y el entorno.

Nóaj, además, tiene las mismas letras que la palabra Jen – gracia. Quien se conduce en forma agradable con los demás, hallará gracia y favor a los ojos de quienes le rodean.

Y fue tras siete días, y las aguas del diluvio cayeron sobre la tierra (7, 10)

Estos siete días son los del duelo de aquel Tzadik, Metushelaj, que por mérito suyo se demoró en comenzar el diluvio.

Otra explicación dice que Ha'shem les otorgó un plazo adicional de siete días, luego de los ciento veinte años desde que informó a Nóaj sobre el diluvio, para verificar si en ésa última semana hacían Teshubá.

Una tercera opinión dice que D's cambió el orden de la naturaleza: el Sol comenzó a salir por el occidente y a ponerse por el este; tal vez así, de esta forma se podrían asustar y hacer Teshubá.

(Abot de Rabbí Natán)

Todo animal que se arrastra según su especie salió de la Tebá (8, 19)

La Guemará (Sanhedrín 108b) deduce de este versículo que “su especie salió, pero no ellos”.

Comenta Rabbí Yaakob Bariel de Mantua, que los Sabios explican que los animales que carecen de huesos no viven más de doce meses. Siendo que el diluvio duraría poco más de doce meses, estos animales no saldrían vivos del arca. No obstante, el versículo afirma que dichas criaturas salieron de la Tebá (Arca). Por ello aclara que su especie salió, su descendencia, pero ellos no, pues los que entraron ya habrían muerto.

Y en toda la tierra había un idioma e iguales palabras (11, 1)

Rashí explica que este único idioma era el Lashón HaKódesh (hebreo).

Rabbí Iejiyá Kóraj solía decir que el conocimiento del Lashón HaKódesh es la base de toda la Torá. A pesar de no ser parte de las seiscientas trece Mitzvot, está incluido en el estudio de Torá, lo cual no puede cumplirse en forma íntegra sino es en Lashón HaKódesh. Pues el estudio requiere comprender los trece métodos con los cuales se explica la Torá, aplicables sólo al texto original en hebreo. Además, la recompensa por el estudio de Torá dependerá también del conocimiento del hebreo. A través de su entendimiento, puede comprenderse correctamente el sentido de las palabras, interpretando así la intención verdadera de cada párrafo. En caso de no manejar correctamente el Lashón HaKódesh, aún estudiando mucho, no podrá comprenderse bien cada tema.

TUS OJOS VERAN TUS MAESTROS RABBÍ RAFAEL AHARÓN BEN SHIMÓN

Rabbí Rafael Aharón, hijo de Rabbí David ben Shimón, nació el 20 de Tamuz del 5607, en la ciudad marroquí de Rabat. Principalmente estudió con su padre, quien se esforzó en hacer de su hijo un piadoso y un sabio en todas las áreas de la Torá, enseñándole además a ser Sofer, Shojet y Mohel. También estudió con el conocido cabalista Rabbí Shalom Bojbot.

En el año 5620 se casó con la hija del famoso Rabbí Itzjak ben Walid. Con el correr del tiempo ocupó el cargo que había pertenecido a su padre como director de la Yeshibá. Como tal, debió viajar a tierras vecinas, visitando la ciudad de Fez y reuniéndose con sus Sabios, quedando además impresionado por sus dirigentes, costumbres y hermosos Baté Kenesiot, según escribe en una de sus cartas.

Creó y organizó la agrupación “Dobeb Sifté Ieshenim”, destinada a editar libros antiguos que corrían el riesgo de perderse. Con relación a ello, se relata que una vez participó de las Tefilot del Bet HaKenéset de los “Toshabim” en Fez (de distinto rito que el traído por los “Megurashim”, los refugiados que habían escapado de Castilla debido a la Inquisición), en donde el único Sidur existente era el usado por el Jazán (oficiante). Los restantes participantes lo escuchaban rezar, permaneciendo en silencio. Por ello decidió publicar el Sidur “Ahabat HaKadmonit”, un “Sidur para todo el año según el rito de los Toshabim en Fez”.

El 25 de Shebat del 5651, luego de insistírsele mucho, fue designado Jajam Bashí (Gran Rabino) de la comunidad de Egipto, tras la muerte de Rabbí Iom Tob Israel, cargo que ocupó treinta y un años. Por lo general se atenía a fijar la Halajá (Leyes) de acuerdo al Shulján Aruj, sin demandar Jumrot (exigencias de más). “Un legislador que quiere exigirse por demás, que lo haga en su casa”, escribió.

Estableció varias Takanot (decretos para su Comunidad). Dispuso que el Jazán recitara por completo la Jazará (repetición de la Tefilá), como se acostumbra en todas las Kehilot (Comunidades). También estableció no realizar casamientos dentro del Bet HaKenéset, para no violar los parámetros de recato que allí deben mantenerse. Una de sus decisiones involucró a los Mohalim, quienes exigían se les pagare por realizar la Milá de los niños recién nacidos, a lo cual se oponía. Escribe en una carta que sería mejor que los padres mismos cumplan esta Mitzvá, tal como es la costumbre en Ierushalaim y otros lugares, donde los Mohalim prefieren dar a los padres la oportunidad de hacer la Milá. “Y así nos relataban nuestros padres y abuelos, que nunca vieron que un Mohel reciba pago por su tarea”.

El Gaón Rabbí Ezrá Atié, director de la Yeshibá Porat Iosef, destacaba su grandeza y santidad. Así narraba a sus alumnos: en una ocasión fue invitado el Rab a realizar un casamiento. Antes de su inicio, se le informó que una mujer presente no vestía ropas adecuadamente recatadas. Rabbí Rafael informó a los dueños de la fiesta que dicha mujer debía abandonar el Bet HaKenéset. A pesar de insistir ellos en que aquella mujer era muy importante, el Rab afirmó que no celebraría la boda hasta que ella se retirara. Finalmente, se le pidió a la mujer abandonar el lugar, pero ella hizo caso omiso a la orden del Rab faltándole el respeto, permaneciendo allí. El Rab dijo a quienes lo rodeaban que esperaría a que saliera. No pasaron muchos minutos, y aquella mujer cayó repentinamente muerta en su lugar...

Al llegar a la vejez, abandonó el Rab su cargo en Egipto, radicándose en Éretz Israel. El día miércoles 10 de Jeshván del año 5689, devolvió su alma al Creador. Su cuerpo descansa en Har HaZetim (Monte de los Olivos) cercano a donde se hallaba el Bet HaMikdash.

UNA HISTORIA VIVIDA

Quien derrama sangre de un hombre, por el hombre su sangre será derramada (9, 6)

En este versículo encuentra Rabbí Israel HaCohén, el Hafetz Haím, una referencia a las palabras de nuestros Sabios (Babá Metziá 58b) “todo el que avergüenza a su compañero en público es como si hubiera derramado sangre”. La analogía es la siguiente: “Quien derrama sangre” (aludiendo al que avergüenza a su compañero) “por el hombre”, es decir, en público y ante otras personas, “su sangre será derramada” su falta es equiparable a aquel que ha asesinado. Ya que “es mejor arrojar a un horno encendido, y no avergonzar a alguien en público” (Berajot 43b).

El Gaón Rabbí Ieshaiá HaLeví Hurvitz, autor del Shené Lujot HaBerit, ocupaba el cargo de Rabino de la ciudad de Frankfurt, cercana al río Mein, y difundía la Torá en toda la diáspora. Su casa estaba abierta a toda persona, ya fuere un alumno que se acercaba a pedir un consejo o escuchar una enseñanza, o un viajero cansado que necesitara descansar del largo trayecto.

En una ocasión, desaparecieron de su casa dos cucharas de plata de gran valor. Luego de buscarlas mucho, sin resultado, sus familiares sospecharon de un alumno del Rab, que visitaba frecuentemente su casa. Efectivamente, las cucharas aparecieron en el bolso de aquel alumno. El asunto paso de boca en boca por toda la ciudad, y el alumno no pudo soportar la vergüenza y el sufrimiento que ello le causó, por lo que huyó de la ciudad y renegó de su judaísmo, convirtiéndose a otra religión.

Luego de deambular de lugar en lugar sin hallar consuelo, se radicó en la gran ciudad de Constantinopla (Estambul). Allí comenzó a trabajar como comerciante, y con el correr del tiempo fue progresando, convirtiéndose en un importante millonario. Se volvió conocido entre los ministros, e incluso era muy estimado por el Sultán del Imperio Otomano, quien lo designó Ministro de los Impuestos en la tierra de Israel.

Pasaron los años, y Rabbí Ieshaiá decidió radicarse en sus últimos días en Ierushalaim, y morir allí. Preparó su equipaje y emprendió el viaje en barco. Al llegar al puerto de Yafo, se encontró con el viejo alumno ahora Ministro, pero el Rab no lo reconoció. El alumno rindió honores a la importante personalidad que había llegado, invitándolo a detenerse en su casa, hasta encaminarse a su destino final. El Rab no podía declinar al pedido del Ministro, por lo que aceptó hospedarse con él.

Una vez allí, el alumno le sirvió algo para comer, tras lo cual lo llevó a recorrer la casa, pieza por pieza. Finalmente, llegaron a un cuarto grande, más que todos los demás, en el que se exhibían armas de guerra. De entre ellas, el alumno tomó un gran y filoso cuchillo, y se encaminó hacia el Rab diciéndole “Rab, empiece a decir Viduy (confesión), pues le he traído hasta aquí para matarlo...”.

El Rab sintió un temor espantoso. Llorando comenzó a implorar por su vida. “¿Qué le he hecho para que Usted me pague así?. ¿Cuál es mi falta por la que debo morir?”, decía, pero el alumno no respondía.

Rabbí Ieshaiá continuaba implorando, hasta que el alumno dijo de pronto “en vano reclama a alguien que no le escucha. Apúrese y diga su confesión, de lo contrario le mataré y no podrá decirla”. Al ver el Rab que había caído en una trampa, comenzó a rogar a D’s y a confesarse en medio del llanto, mientras el alumno lo observaba con el cuchillo en mano. Tras finalizar el Viduy, el alumno le indicó que se acostara en el suelo con brazos y piernas extendidos. “Pon tu cuello y prepárate para ser degollado”, le indicó.

Lo tomó del cuello con una mano, y con la otra sostenía el cuchillo. Le dijo “cierra los ojos y recita el Shemá Israel antes de morir”. El Rab comenzó a recitarlo con mucho temor, al punto que casi moría del miedo. Listo para entregar su alma al Creador, repentinamente el alumno baja su cabeza, besa el cuello del Rab, y le dice “¡Maestro mío! Levántese, y por favor perdóneme, todo esto lo hice por su bien...”. El Rab se incorporó de inmediato sin creer lo que escuchaba. “¿Quién eres, un ángel que me ha enviado D’s, o qué?”. “No soy un ángel”, respondió. “Soy aquel alumno que le acompañaba constantemente, y que finalmente se desvió del camino abandonando su judaísmo”. El Rab recordó enseguida al alumno que había sido encontrado con las cucharas robadas, y que por el sufrimiento y bochorno que le causó el incidente había traicionado su fe. Juntó fuerza para seguir la conversación y le preguntó “¿Qué es esto que has hecho, para qué me trajiste hasta aquí amenazando con matarme?”. “Sepa que en ningún momento tuve intención de matarle, como Usted pensó”, comenzó a decir el alumno. “Lo conozco bien y sé que es un Tzadik. Cuando lo vi bajar del barco, de inmediato lo reconocí y recordé aquel incidente del robo. Pensé que no era bueno que mi Maestro llegara a la ciudad santa de Ierushalaim cargando con una falta tan grave. Tuve piedad de Usted, pues tenía una falta causada por culpa mía, de aquella vez en que fue descubierto mi robo ante el público. Por causa de la vergüenza que me hizo pasar ante todos me desví del camino correcto. Y a pesar que lo que Usted hizo, lo fue para proteger sus bienes, debió haberlo hecho en privado y no ante los ojos de todos. Lo que ocurrió es considerado para Usted como una grave falta. El sufrimiento y miedo que sintió al pensar que lo mataría, son suficientes para expiar su error, que provocó que un miembro de Israel se perdiera. Ahora su alma esta limpia, puede ir en paz a Ierushalaim”.

Tras escuchar sus palabras, Rabbí Ieshaiá enmudeció. Al ver el alumno que su Rab permanecía inmóvil, se arrojó a sus pies diciendo “Por favor, perdóneme por lo que le hice hace un momento! D’s sabe que lo hice por su bien”. “Te perdono completamente”, dijo el Rab. Su alumno lo estrechó entre sus brazos y lo besó, acompañándolo finalmente a establecerse en Ierushalaim. Rabbí Ieshaiá se comprometió a reparar su error, enseñando constantemente a todos la gravedad de avergonzar al prójimo, pues “es mejor arrojar a un horno encendido, que avergonzar a alguien en público”.